



El libro de
Miguel
Delibes

Vida y obra
de un escritor

DESTINO

El libro de Miguel Delibes

Vida y obra
de un escritor

Edición y textos de Jesús Marchamalo

**Selección de textos de Miguel Delibes a cargo
de Amparo Medina-Bocos**

imago mundi

© Herederos de Miguel Delibes, 2010

© Editorial Planeta, S. A. (2020)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la edición y los textos biográficos: Jesús Marchamalo, 2020

© de la selección de textos: Amparo Medina-Bocos, 2020

© de la maqueta y las ilustraciones: Dandèlia. www.dandelina.net.

Primera edición: octubre de 2020

ISBN: 978-84-233-5820-5

Depósito legal: B. 15.132-2020

Impreso por Macrolibros, SLU

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Infancia en el Campo Grande	p. 14
El joven profesor, el caricaturista	p. 62
El camino del escritor	p. 116
Un escritor de éxito	p. 178
El cazador que escribe	p. 296
Libros, cartas, amigos	p. 312

Infancia en el Campo Grande





**El pequeño Miguel Manuel
Mariano, en una fotografía
de estudio en 1922.**

Sus padres, Adolfo Delibes Cortés
y María Setién Echánove.

UNA FAMILIA NUMEROSA

Miguel Manuel Mariano, según aparece inscrito en la partida de bautismo de la parroquia de San Ildefonso, nació en Valladolid el 17 de octubre de 1920, en el número 12 de la Acera de Recoletos, que hace esquina con la calle Colmenares. La misma finca de ladrillo rojo, miradores, balcones soleados, en la que, hasta 1916, estuvieron las oficinas de *El Norte de Castilla*, diario del que llegaría a ser director y que al día siguiente de su nacimiento, en su sección de «Crónica Social», publicaba esta escueta nota: «Felizmente ha dado a luz un niño la esposa del abogado y director de la Escuela de Comercio don Adolfo Delibes».

Su padre, Adolfo Delibes Cortés, era, efectivamente, director de la Escuela de Comercio, y su madre, María Setién Echánove, hija de un prestigioso abogado burgalés con raíces vascas.

El pequeño Miguel, regordete, mullido, flequillo desfilado en las primeras fotografías que se conservan de él, fue el tercero de ocho hermanos: cinco chicos, tres chicas. Una familia numerosa que obligaba a estirar el sueldo del padre, mil pesetas, con el completo catálogo de las economías domésticas en aquella casa, bulliciosa y de mucho trajín, con dos criadas y tres meses de veraneo en el pueblo.

Siempre recordó a su madre zurciendo calcetines y sábanas por la tarde, antes de merendar, ceremoniosa, un té con medio bollo suizo, y sus primeros juegos en el Campo Grande, el parque verdeante enfrente de su casa, donde iba casi a diario.

Cerca, andando, estaba el colegio de las Madres Carmelitas, en el que entró en párvulos, con seis años, y donde hizo la comunión, como era entonces costumbre, blanco impoluto y pelo engominado, de marinero.

Se conserva una foto de esa época, en la que el pequeño Miguel, pantalón corto y mirada despierta, calcetines, posa junto a una mesa con un libro. «Recuerdo de R. R. Carmelitas», se lee en lo que parece, tras él, una pizarra.

Con seis años, en el colegio de las
Madres Carmelitas del Campo Grande.





Primeros contactos con la naturaleza

« De la ciudad, las primeras vivencias que recuerdo son las relativas al Campo Grande. Esas castañas locas del paseo de Coches, que nos disuadían los mayores de comerlas, asustándonos con que nos volveríamos locos. Aquellos juegos por los caminillos que dejaban marcados los coches de los niños en el suelo regado. Ésas son imágenes y recuerdos muy lejanos, de cuando yo tenía tres o cuatro años. Tal vez a los cinco seguía jugando igual por aquellos caminillos. Tengo también sensaciones olfativas: el Campo Grande cuando regaban; auditivas: cuando en el templete daba conciertos una banda, generalmente la del Regimiento de San Quintín. Yo no asistía al concierto, desde luego, estaba jugando con mi madre o con una mujer, un “aña”,

como se decía entonces, pero oía la música. De manera que las primeras vivencias vallisoletanas están situadas en el Campo Grande, que es donde realmente pasé mi primera infancia. >>

Javier Goñi, *Cinco horas con Miguel Delibes*, Madrid, Anjana Ediciones, 1985, pp. 11-12.

Primeros recuerdos

« A menudo he mencionado como recuerdo más antiguo de mi vida el colegio de las carmelitas, donde pasé mis primeros años: el patio con la pérgola y los emparrados, los confites de la hermana Remedios, el lunar detonante en la mejilla de la hermana Luciana; pero esto ha sido una cómoda postura para ahorrarme el buceo en las tinieblas del pasado. [...] Un lejano periodo de mi vida (mis veranos en Molledo-Portolín, anteriores a

los cuatro años) afloró un día, en cuatro fugaces instantáneas, al oír tararear una olvidada canción. Al escucharla, una zona oscura de mi memoria se iluminó y por mi cabeza desfiló un repertorio de anécdotas a las que nunca había tenido acceso, pese a conservar fotografías de la época: la azotaina que me propinó mi tío Luis el día que me atropelló una bicicleta, mi sañuda persecución a un pollo tomatero por el único delito de tener la pechuga desplumada o la caída en una alcantarilla que rebozó mis piernas de un barro inmundado. ¿Qué edad tendría yo entonces? ¿Dos años? ¿Tres? ¿Cuatro tal vez? Pero ¿cómo relacionar estos hechos entre sí? Tales evocaciones, activadas por una musiquita que he vuelto a olvidar, son anteriores sin duda a las del colegio de las carmelitas (al emparrado del patio, los confites de la hermana Remedios o el lunar de la hermana Luciana), pero me es imposible datarlas con alguna aproximación, e incluso ordenarlas cronológicamente.

«Mi primer recuerdo» (h. 1990), en *Obras Completas*, VII,
Barcelona, Destino, 2007, pp. 285-286.



EL ABUELO FRANCÉS

El abuelo francés, Frédéric Pierre Delibes, pelo negro, abundante, barba poblada, leontina y pajarita, era sobrino lejano del compositor Léo Delibes, el autor de *Lakmé* y del ballet *Coppélia*, y había llegado a España desde Toulouse contratado como técnico especialista por la Compañía Isabel II, encargada del tendido del ferrocarril entre Alar del Rey y Santander, una zona difícil, montañosa y de compleja orografía. Y en Molledo-Portolín, cerca de Reinosa, conoció a una joven del pueblo, Saturnina Cortés, con quien contrajo matrimonio.

Tiempo después, ya con su nombre españolizado, Federico, abrió en Valladolid un próspero negocio de serrería mecánica dedicado inicialmente a la fabricación de molinos harineros y, más tarde, a la carpintería para la construcción. «Federico Delibes —se leía en la publicidad de la época—. Gran fábrica de aserrar y trabajar maderas.» Allí, entre tablones y sacos de serrín, molduras, jambas, frisos, vagonetas y grúas, el joven Miguel jugaba con sus hermanos y sus primos bajo la atenta y no siempre complaciente mirada de su tío Luis, a quien aquellos niños vocingleros, traviosos, juguetones, no dejaban de importunar.

Entre otras obras de relieve, la carpintería Delibes construyó la estructura del piso móvil del teatro Calderón de

Valladolid que, gracias a un sistema de poleas y engranajes, permitía elevar el patio de butacas hasta la altura de los palcos para poder organizar bailes y banquetes.

De aquel abuelo hosco, serio, desapegado —nunca volvió a Francia, ni se relacionó con su familia del otro lado de la frontera—, heredó la educación francesa, el amor por el campo, los deportes y la vida al aire libre: la bicicleta, la natación, la caza... Mientras la burguesía de aquella Valladolid casi decimonónica, blanco y negro, se deleitaba en las tardes de Casino, los Delibes salían al campo buscando el contacto con la naturaleza.